

## EL SUAVE OLOR DE LA SANGRE

Señoras, señoritas, caballero conductor, sírvome comunicarles que ha regresado la raza azteca a declarar la guerra y que por lo tanto no vengo ni venimos a vender agüitas milagrosas. Como podrán notar si miran con cuidado a lo largo de la extensión de este vehículo automotor hay la cantidad de trece jóvenes sonrientes y armados con puñales, dagas, macanas, llaves inglesas, picahielos, cuchillos matamarranos y estiletos, de modo que lo más conveniente para la salud y el correcto tejido de la piel es que permanezcan en silencio, inmóviles y tranquilos como en misa. Al señor autotransportista que con tanta gracia y sudor maneja la unidad le recomendamos que se desvíe de la ruta que le asignó el destino y busque las calles menos iluminadas prefiriendo consecuentemente las sombras naturales de la noche. Y a ustedes, culto público, atendiendo a la propia seguridad de sus personas les suplico eviten gritar o hacer visajes, no vaya a suceder la infortunada casualidad de que se nos adjunte una patrulla y quiera invitación a la fiesta. Anuncio a la comunidad que no es ésta acción terrorista ni de locos solitarios ni de vinosos o drogadictos, pues si se fijan bien hallarán que somos jóvenes de saliva blanca y saludable, un poco huesudos y con verdor anémico, pero en realidad gente razonable. Todo lo anterior, como se irá descubriendo a lo largo del viaje, obedece a un planzote diabólico que yo y mis tigres y serpientes hemos elaborado con él puro ingenio mexicano. Sépase que somos reclutas de la raza azteca, salidos de las entrañas de las Siete Cuevas, discípulos del guerrero Tlacaélel y que estamos bajo el amparo de Huitzilopoztli quien nos ha forjado invencibles, resistentes al dolor, aficionados a la mística de la flor y el canto. Y, para demostrarlo, que suenen flautas y tambores, mis tigres y serpientes, mientras pasamos a rogar a los señores pasajeros aflojar todo cuanto tengan de valor. Van a decir ustedes que somos malvadotes, vampiros ávidos de sangre y cosas de esas porque picamos panzas y abollamos cráneos y amenazamos a los honrados ciudadanos que regresan a sus hogares después de la labor cotidiana y sufriente, pero, amigos míos, pregunto: ¿es que no conocen el Antiguo Testamento, es que no ven lo que está sucediendo? ¿Si el Señor Dios, dueño de todas las cosas y del cerca y del junto, les decía a sus profetas: "Maldito el

pueblo de Israel que adoró falsos ídolos, yo haré que se coman la carne de sus propios hijos”, qué no diremos o haremos nosotros, apenas aprendices de guerreros abandonados de la mano de Dios? Atención, Cacamatzin, al licenciado que está escondiendo su fortuna bajo el asiento. Muéstrale el brillo del acero para que entienda nuestra razones. Queridos pasajeros, discúlpennos, intención nuestra no es ofender a nadie, culpa no tenemos pues somos, como Holofernes, el feo general de los filisteos, como Nabucodonosor, el magnífico rey, instrumentos de la ira del Señor.

A mis alegres tigres y serpientes les pido que se apresuren a buscar entre los más robustos pasajeros, uno de buena cara, lindo cuerpo, sin cicatrices, chichones o piquetes, su cabeza bien formada como lo exige la ley, para agasajarlo como se lo merece. Pensarán ustedes: son unos ignorantes, sin padres conocidos, unos pobres diablos muertos de hambre. Negativo, ni lo uno aunque sí quizás lo otro a veces. Pregunto: ¿por qué los malvados tienen prosperidad en sus vidas? Basta arrastrar la lengua para que el dinero caiga del cielo. No hay engaños. Es claro que esto es un atraco. Negarlo sería ver en la claridad un muro de niebla. Pero, un momento, este asalto no es de los alevosos, no es un asalto en seco, sin razones y verdades, paso a paso se irán dando cuenta, y tal vez cuando nos despedamos ustedes nos agradezcan. Correcto, pónganle al elegido su guirnalda de flores y denle a beber el agua del olvido. Amigo, no se oponga, no desconfíe, mire los ojos de los tigres y serpientes y convéncase de que hay inocencia en ellos, de que son sinceros en el afecto que sienten por usted. Tómese nota: los jóvenes que ustedes pueden ver tan bien adornados con sus cortopunzantes e instrumentos de choque no tienen rostros salvajes ni actitudes insolentes sino que muy por el contrario, y pese a la poca educación que han tenido por azares de la vida, se comportan con gentileza y se amenazan lo hacen forzados por la disciplina. Atención allá atrás, mi tigre, a la señora del ligero bigote, si usted, con seguridad viene del banco y trae billetes uno sobre otro, bien planchaditos, y cuando llegue a su casa va a contarlos bajo la veladora de la virgencita. Gran pecado, amiga mía, agradezca que le vamos a quitar ese peso de encima, recuerde la historia del camello y el rico, piense que si es oro se rompe, si es jade se estrella, si es plumaje se rasga. Palabras del divino Nezahualcoyotl. Y para hacer menos doloroso este trance, mientras la nave avanza victoriosa sin detenerse en semáforos, haremos una preguntas. Veamos, usted, señor, comuníquenos su profesión. ¿Periodista dijo? ¿Lo oyeron, mis reclutas? Aquí tenemos a un honrado informador que mañana nos va a hacer famosos. Ojalá nos saque unas fotos en posición de asalto y con las fieras pelambres volando al viento. Prometemos que podrá conservar el rollo y a cambio sólo le pedimos que escriba bonito sobre la raza, no vaya a decir que somos maleantes del orden común y por favor no se fije en

los fantasmas molares de Cacahuatzin, el pobre no ha conocido dentista en todos los años de su vida que son catorce bien cumplidos, ni mucho menos se le ocurra inventar gestos criminales y crueldades dignas de bestias y si por casualidad se atreve a relatar lo que va a suceder, no lo haga sin antes dar razones. Usted, joven, ¿por qué tan serio? Miro en su rostro y en su cuerpo la preparación del salto de la pantera. Atención, mi buen Yoyotzin, arrímale el fierro a la vena asiática a ver si se le despierta la sonrisa y queda calmo, no vaya a hacer el viaje sin regreso al sitio de los descarnados. Fíjese, señor periodista y tome nota de que somos una tropa bien organizada, un semillero de las futuras hordas aztecas que bajarán a la ciudad como la niebla. Escriba ahí que tenemos un plan de ataque y que no subimos al barco en manada sino uno en cada esquina y solamente cuando tomamos posiciones, fue que este humilde hablante comenzó a desgranar su discurso. Tranquilo, señor, tranquilo, deje que mi tigre le corte el pelo y no se preocupe por sus orejas que Matzin es barbero especialista y nuestra intención es por ahora solamente que la blancura de su piel luzca espléndida. Otro trago para el elegido, un trago dulce que le ayude a pasar el amargo. Los primeros libros son sabios porque aunque fueron escritos por manos de hombres, sobre ellos cayó la luz divina. Los primeros libros anunciaron el porvenir: “En esta tierra nadie dice la verdad”, palabra de los sabios aztecas, y la verdad es que vivimos en una guerra perpetua, una guerra sin héroes, una guerra deshonrosa, en la que los antiguos valientes han bajado las cabezas. Señora, dele el pecho al niño, no tenga pena, alimente al joven guerrero. La raza azteca respeta a las madres que son la tierra madura de donde nacerá la generación que verá la nueva Tlalocan. Nosotros, los jóvenes tigres y serpientes, hemos reconocido la derrota pero no aceptamos la eternidad de la humillación y hemos decidido abandonar la venta de aguas y tortas, la miseria de las noches hambrientas, las esperas inútiles, la piedad del hombre blanco. Ahora regresamos empuñando los cuchillos de obsidiana y las palabras del Antiguo Testamento. Aborrecemos los lloriqueos de los Evangelios. No creemos ni en Jesús ni en la humildad. Retorna el imperio de la guerra florida, el suave olor de la sangre. El pasajero de allá, sí, usted, meta el brazo, no vaya a suceder que se quede sin el gusto de saludar con sus cinco dedos. Por un ojo cobramos dos ojos, por un diente dos dientes, al que nos golpee una mejilla le cortamos la mano. Lo dijo el Señor: “Va a llegar una desdicha tras otra, ya se acerca el fin, míralo, ya viene por allí, se te llegó el turno, morador de la gran ciudad”. Al prisionero elegido le damos una cordial felicitación y le pedimos que beba sin disgusto el licor que el joven guerrero le ofrece, beba, beba a su antojo y si quiere fumar, hágalo y deje que su encargado, su servidor, de nombre Temotzin, lo perfume y lo pinte artísticamente como sólo él sabe hacerlo. Que

sueña música de flautas y tambores mientras yo continuo explicando a mis amigos que hubo un tiempo mejor en el que nuestros padres andaban desnudos y dichosos por una tierra que en lugar de penas daba frutos, por un paraíso en el que el agua era más dulce que el canto del jilguero al amanecer, por unas veredas de mil verdes que iluminaban la pupila, por un campo en flor en el que los antiguos se despertaban con el estrépito de las aves preciosas, las rojas guacamayas, la garza azul, el colibrí, el ave quetzal, el pájaro de fuego, un mundo en el que había sólo aquello que era indispensable y en el que no se comerciaba ni con sueños ni con basura de colores sino con los productos de la tierra, esmeraldas negras, escudos de turquesas, caracol rojo y conchas de colores, pieles de tigres, orejeras de oro y de cristal de roca, rasuradoras de obsidiana. Y miren ustedes, dolientes habitantes de esta ciudad, a qué punto hemos llegado: el verdor se asfixia bajo el pavimento, la tierra no puede respirar, el aire antes transparente que hacía de la vida una eterna embriaguez, ahora está lleno de gases y transforma la existencia en una náusea constante, los ríos ya no transportan un licor sagrado sino física mierda. Tome nota, señor periodista, que no se le escape una palabra, que la voz de los tigres y serpientes llegue fresca y sangrante a la nación mexicana. A Bacuc, cerca de la puerta de salida, le pido que no se me duerma y que mantenga el matamarranos a la vista del público para que no haya equivocados o difuntos que pueden ser la misma cosa. A Coyote Dos le suplico que no se engolosine con la señorita ni le ande mirando la punta del escote pues no hay tiempo para deleites del cuerpo. Al señor conductor que no trate de engañarnos con sus aceleres para llamar la atención. Sería una lástima que su perfecto perfil azteca se afeara con una cicatriz profunda. A Cantor le encomiendo que no se ande con decencias, pues si el caballero no quiere cooperar es muy su problema. Atízale un suavezón tubazo en la base craneana cuidando de no darle en el occipucio por donde se filtra la materia blanda del cerebro. Atención, señor periodista, calcule cuánto estudio tiene este conferencista y líder, cuánta preparación, y escriba con buena letra que somos gente de ciencia, no simples asesinos desalmados. Muy bien, Cantor, fue un golpe profesional, de los que duelen pero no matan, de los que no llevan al valle de los sin regreso. Que sirva esto de experiencia para que sepan los estimados que el asunto es en serio. Así está bien, mi don, quítese el saco y déselo a mi coyotito que pasa mucho frío en estas noches de diciembre y no nos venga a decir que lo perjudicamos, pues con seguridad en el armario tiene seis o siete como éste, además, fíjese cómo le cae de bien ese color a mi Coyote Dos y cómo se le ilumina la fachada del rostro al sentirse tan elegante. Y usted, el elegido, cierre los ojos y permita que la música le llegue a las hondas cavidades del alma mientras su serviente le adorna la cabellera del pecho, y las flores y las plumas lo

engalanan. No se mueva, le ruego, nada nos interesa tanto como conservar intacta y reluciente su piel. Siga bebiendo, comparta con nosotros la alegría del instante y no se asombre por la amistad que le demuestra la raza azteca. El señor conductor nos ha pasado la solicitud de que le ofrezcamos algo de licor pues dice que tener la punta de un picahielo en el cuello y andar por la ciudad sin respetar semáforos ya le tiene la garganta como el desierto de Sara en el Arabia Inaudita. Apreciamos el sentido del humor de nuestro amigo y con todo el gusto del mundo le ofrecemos el agua de la vida, sabroso pulque añejado por la sabia Xochi, la mujer-arruga, noventa años al servicio de la fórmula secreta, todo, para que conduzca con fervor y nos lleve a buen puerto. Que suene la música, arriba, Pequeño Tecolete, ¿ya te cansaste de soplar? No se pongan nerviosos. Todo pasa. El movimiento está calculado para veinte minutos y después podrán volver a las rutas de sus vidas. Señorita, no llore, nada le va a pasar, ya le advertí a Coyote que no se haga la ilusión de manosearla, ni siquiera con los ojos, el seno virginal. Entiendo que el labio partido y el ojo brotado la asusten. Si supiera que Coyote es más bueno que el pan recién salido del horno. Suelten sus anillos, relojes, pulseras, aretes, collares, billeteras, lo sentimos mucho, no se aceptan tarjetas de crédito ni chequeras. Recuerden que toda riqueza es vanidad. Dice el poeta: "De aquí nos vamos, tenemos que dejar los cantos, tenemos que dejar las flores", y nosotros, díganme, ¿qué estamos dejando? Basura, basura, el Distrito produce en una semana más desperdicios que mil años de babilonios, amorreos, hebreos, asirios y árabes. Por eso, para salvar la tierra, la guerra debe comenzar, la verdadera guerra, hay que volverle a sacar brillo al mundo. Usted, el del sueter azul, de pie en el centro del pasillo, agárrese del tubo y permanezca así hasta que hayamos terminado. Días tenebrosos vendrán. El que esté en la ciudad buscará el campo y en el campo sólo hallará la peste; regresará a la ciudad y sólo encontrará podredumbre y calles desiertas, los billetes inútiles serán azotados por molinos de viento negro como la bilis y nadie correrá tras ellos porque no habrá nada que comprar. Buitres, ratas y la variedad completa de las alimañas de la noche anidarán en los tejados, se posarán en las ventas y las bestias recorrerán libremente las calles y de todas las fieras será el hombre la más voraz y terrible. El señor de la corbata, abra su maletín y vacíelo sobre el asiento, no se preocupe por los documentos, podrá conservarlos al igual que la corbata que tarde o temprano le servirá de horca, solamente le encargo la gorrita a cuadros que adornará muy bien la pelambre de su servidor. Los poderosos serán humillados y desearán cambiar sus lujos por el abrigo de perros sarnosos y vacas con muermo bajo los puentes. Toda belleza será abominable, señor periodista, escriba eso, y las mujeres afearán sus rostros y ocultarán sus cuerpos bajo andrajos para no levantar deseos pecaminosos. Ya el elegido, a

quien de ahora en adelante llamaremos príncipe, tiene los ojos alegres de modo que es llegada la hora de que el sacerdote le ponga su chaquetín. No se fije en si es un saco de harina, imagínese que está bordado con hilos de oro y que de sus bordes cuelgan mil campanillas de plata. Tú, Temo, apártate de la tentación, manos fuera que si la señorita no fue complaciente con Coyote Dos, menos lo va a ser contigo; yo me comprometo, mi niña, a que usted estará intacta como su madre la trajo al mundo cuando la tropa se baje de este camión y por favor deje de llorar de forma tan descompuesta que va a despertar al niño. Yoyotzin, pásale al príncipe su soga en torno al cuerpo inmovilizándole los brazos a los costados, aprieta bien, cuidando eso sí que no se le vea afectada la función circulatoria. Al caballero de la camisa con paisaje, ese, el gordito, píquenle con suavidad las costillas, levante las manos pues se le notan inquietas y no se preocupe si hoy se le olvidó echarse desodorante, peores aromas hay en este mundo; tú, Lumba, revisalo bien, que tiene cara de guardar los billetes en las partes íntimas, fijate en los calcetines, se conoce a ese tipo de avaros por la temblorina que les entra cada vez que tienen que meterse la mano a la bolsa. No sufra, señora, no llore, guarde sus aguas para tiempos más negros, ¿dice que le hemos quitado el dinero con el que da de comer a sus hijos? Matzin, devuélvele trescientos pesos para que vea que somos humanitarios, con eso podrá darle frijoles a sus muchachos y si se quedan con hambre, muy bien para que vayan haciendo cayo en la barriga, música mis tigres y serpientes. En aquel tiempo descendieron del norte las hordas de los aztecas, un pueblo perseguido por todos, un pueblo sin rostro y al que los habitantes del Valle de México preguntaban, ¿quiénes sois vosotros?, ¿de dónde venís? Era un pueblo guerrero, gente desnuda de ropa pero vestida con pieles de animales, feroces en el aspecto y grandes batalladores que se alimentaban de la caza y habitaban en los lugares cavernosos. Quieto allá atrás, señor príncipe, tranquilícese y nada le va a pasar, nada irreparable. Los aztecas quisieron vivir en paz con los felices poseedores del valle, pero el rey Coxcoxtli les asignó un erial de piedras y serpientes con la intención de que allí murieran de hambre y por las picaduras de las víboras. Yo le aseguro, noble señor, que usted saldrá de este vehículo caminando sobre sus dos pies. Mas oh ironía, los aztecas mucho se alegraron cuando vieron las culebras, a todas las asaron y se las comieron. Luego nuestros padres triunfaron sobre las malas artes del Faraón y levantaron su ciudad, Tenochtitlan tan deslumbrante como Jerusalén en tiempos de Salomón. No se fijen, señores y señoras, en lo que pasa atrás. Yo mismo les contaré que hemos puesto una manta sobre el asiento posterior para crear el ambiente necesario y estamos quemando una barrita de sándalo a falta de copal que por las prisas no pudimos conseguir, esto, con el objetivo de convocar a los espíritus de nuestros mayores

y de dar el aire de misterio que la ceremonia exige. Al señor conductor le solicitamos que aminore la velocidad para facilitar la operación. Al periodista le damos licencia para que observe con sus propios ojos y si quiere saque las fotos que harán atractivo su reportaje. Silencio, señorita, no interrumpa, aquí no valen argumentos sentimentales, si es argolla de compromiso, dele gracias a Dios de que la ofrenda para una buena causa. Ya cálese por favor. Pronto nos iremos y podrá gritar hasta que se le frunzan las cuerdas del habla. Sí, estamos a punto de partir, alegraos pueblo, pero antes de despedirnos debo dar una mala noticia al príncipe que ya está con la luz dentro del cuerpo y más aderezado que una novia campesina; mala y buena noticia, según se la mire: su persona, por razón de sus bellas orejas y de la aún más hermosa apostura, ha sido escogida para dejarnos un recuerdo y trofeo que guardaremos con cariño y veneración. Le pedimos al público un instante de meditación y al elegido le solicitamos que permanezca absolutamente inmóvil, so pena de que se le escape el fierro de carnicero a mi amigo tigre y se le inmiscuya en la panza; que permanezca inmóvil mientras Cacamatzin le agarra con un par de dedos la parte superior del órgano auditivo y con su bisturí se lo desprenda de un solo tajo indoloro y sorpresivo, esto con dos objetivos: primero que haya efusión de agua florida, tan propicia a la restauración del sexto sol casi moribundo, y segundo que se guarde su caracol de carne pegado con un clavo en la pared-archivo recién inaugurada de nuestra asociación como testimonio de la acción intrépida. Se ruega por favor al público que no se deje arrastrar por la curiosidad morbosa y que si en algo quiere cooperar evite escenas lastimosas de gritos desgarradores, desmayos y aguas mayores; también se advierte a los caballeros que no emprendan actos heroicos pues inmediatamente les caerán tres o cuatro guerreros perfectamente entrenados para circunstancias semejantes. Cierre los ojos, querido príncipe, y adelante mi buen hijo de Huitzilopoztli, son tus flores, oh, dios del sol, flores rojas, flores bien olientes, chalchiuatl, clalchiuatl, chalchiuatl para la restauración del orden del universo. Así como los hebreos rescataron de los cadáveres de los filisteos mil prepucios y de la misma forma en que al abrir la puerta de su casa el rey Acab halló las cabezas de sus setenta hijos traidores y todo ello fue del agrado de Dios, nosotros también queremos elevar esta oreja como sacrificio y holocausto para recordar el suave olor de la sangre, agradable a los ojos del Señor. Además, sirve este acto mínimo e indoloro si se lo compara con el exterminio de pueblos enteros, como anuncio de otros sacrificios mayúsculos que acontecerán cuando se revienten los hilos de araña que columpian a esta nueva Babilonia el día que los caballos correrán desbocados y los jinetes se llenarán de pánico, el día que las huestes incontables de los aztecas organizados desciendan sobre la ciudad para cubrirla como

una niebla impenetrable. Están advertidos. El que sea prudente que entienda estas cosas, el que sea cuerdo conózcalas. Y como todo vuelve a su cauce mientras no suenen las trompetas del diluvio, aquí nos bajamos, meta freno señor conductor, hasta luego, señoras, señoritas, caballeros, hemos cumplido con el sagrado deber, nos despedimos de mano y de corazón no sin reiterarle al señor periodista que nos escriba valientes y justicieros en el cronicón y que escoja las fotos más dicientes y menos comprometedoras y decírlas a los pasajeros que se vayan a sus casitas sin presentar denuncias y solicitarle al conductor que deje a nuestro príncipe cerca del hospital más próximo y luego regrese a paso redoblado a la ruta 45 y aquí tiene usted un último trago y además un quinientón para que descunte lo de la multa por el retraso. Todos contentos, aquí no ha pasado nada. Que Dios y Huitzilopoztli los bendiga. Y recuerden, ésta fue la primera señal. Llegarán tiempos en que los hombres preferirán ser perros.